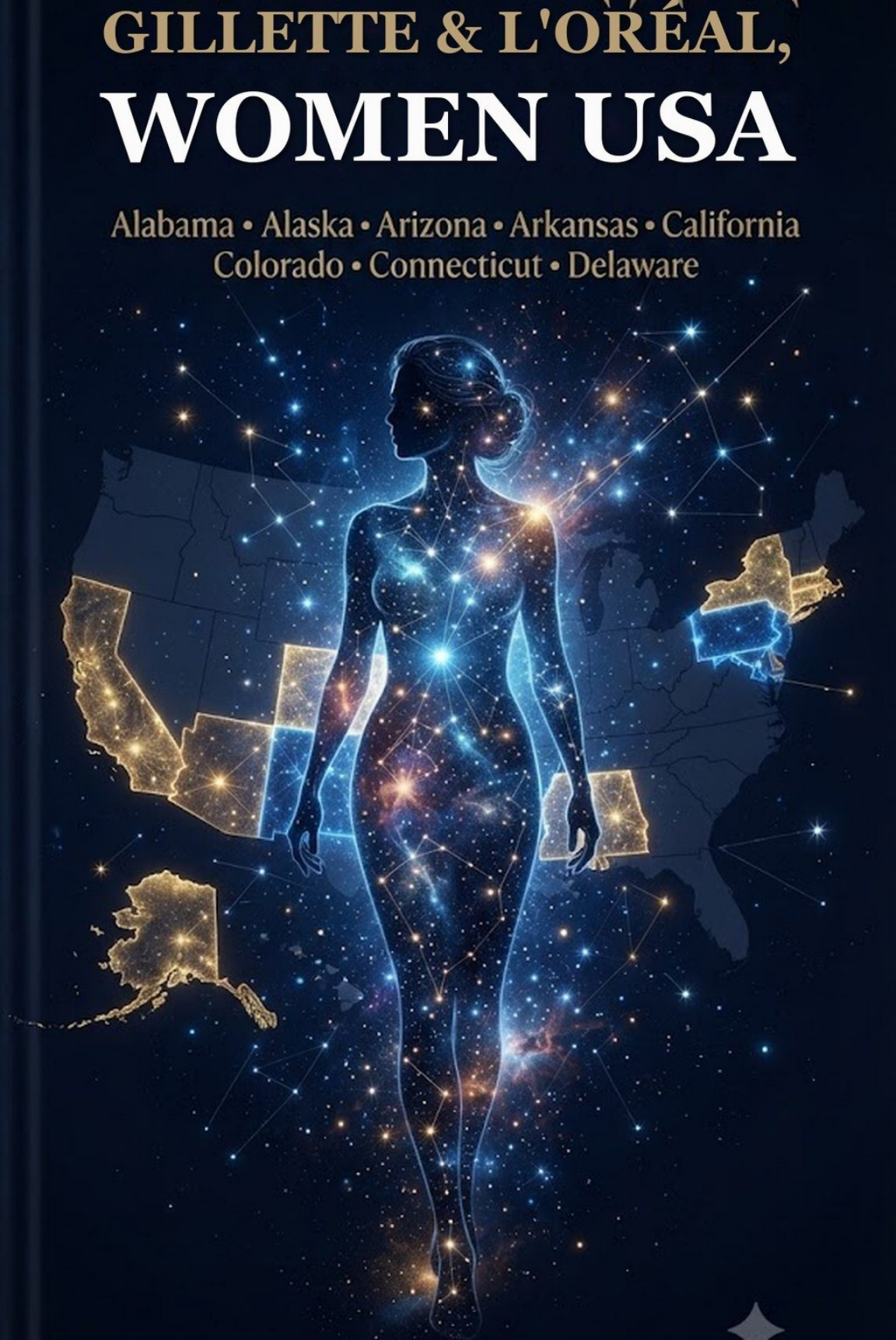
GILLETTE & L'ORÉAL,

WOMEN USA

Alabama • Alaska • Arizona • Arkansas • California
Colorado • Connecticut • Delaware



GILLETTE & L'ORÉAL, WOMEN USA — VOL. I

L'ORÉAL THROUGH GILLETTE · 00

El primer tramo de la travesía americana: Alaska, Arizona, Arkansas, California, Colorado, Connecticut, Delaware. Se abre con el Capítulo Cero, el prólogo ártico que comparten los seis volúmenes de la serie.

Capítulo Cero — apertura común

Este capítulo de apertura es común a los seis volúmenes de Women of the United States. Se reproduce aquí íntegro, y plegado, para que la serie pueda leerse en secuencia sin repeticiones.

CAPÍTULO CERO

Aquí el mundo no es un territorio: es un límite. El Polo Norte no acoge, no perdona, no deja margen al error. El blanco reina como una entidad absoluta, silenciosa y sin memoria. La temperatura no es un dato meteorológico: es un depredador. La noche dura meses, aplasta los pensamientos, deforma los contornos de las personas, se traga su voluntad.

Las comunidades son pocas, pequeñas y cerradas. Inuit, yupik, pueblos árticos viven donde nadie elegiría quedarse. Aquí cada individuo es esencial para la supervivencia del grupo. Si no eres útil, te conviertes en una carga. Y quien se convierte en una carga desaparece en el silencio, en la nieve, en la lógica de un entorno que no hace concesiones.

Las bases científicas añaden otro tipo de frío: el de las jerarquías. Aquí una mujer es una presencia rara, una anomalía que debe adaptarse o sucumbir.

En este lugar el concepto de «desaparición» no existe. Solo existe el blanco que lo borra todo.

Mujeres inuit y yupik

La niña ártica no es mimada: es preparada. Aprende pronto a resistir el frío, la oscuridad y el hambre. Debe volverse útil para el clan, porque aquí la identidad no es personal. Es funcional. La mujer carga con el peso de la familia y de la comunidad: comida, fuego, hijos, pieles, cuidados. Nadie habla de derechos. Nadie habla de fragilidad. La depresión existe, pero no tiene nombre. La violencia existe, pero no tiene testigos.

La mujer de las bases científicas

Instruida, competente, acostumbrada a la disciplina. Llega como investigadora, técnica, médica. Descubre enseguida que el Polo Norte no reconoce títulos. Aquí solo cuenta la dureza mental. Las jerarquías masculinas la dominan, y cualquier señal de debilidad se interpreta como debilidad. Es un entorno donde la fuerza no basta: hace falta un autocontrol extremo.

La mujer occidental «de fuera»

Criada en libertad, llega convencida de que puede conquistar el frío. Pero el lugar la quiebra: soledad, espacios minúsculos, silencios interminables. Las bases no son comunidades, son mecanismos. Y una mujer, dentro de un mecanismo diseñado por hombres, tiene que luchar para no desaparecer.

El viaje al confín del mundo

Mi vecino, Antonio, al que todos llamaban Nino, llevaba años hablando del Cabo Norte, del sol de medianoche, de los meses sin oscuridad. Era un sueño que guardaba en el bolsillo, como algo imposible. Una mañana de mayo toqué su timbre y le dije solo esto: «Haz la maleta. Vuelvo dentro de una hora. Regresamos en 30 días». Me miró sorprendido, feliz. Su mujer, preocupada, preguntó cuáles eran nuestros planes. «Perseguir un sueño», respondí.

Subimos al coche. Nuestras mujeres nos miraban como si estuviéramos locos. Pero aquel viaje era real. Nino ya estaba lleno de preguntas. «¿Adónde vamos? ¿Cuánto dinero tengo que llevar?». «Tranquilo», le dije. «Llegamos en 54 horas. Solo 5.000 km. Vamos en el Range Rover nuevo. Disfruta del viaje».

Cada 300 km tenía que parar: él, doce años mayor que yo, tenía su propio ritmo. Yo tenía agua y líquidos; él, café y necesidades físicas. Y cuanto más avanzábamos, más me hablaba de su vida. Cosas que nunca habría sabido si no hubiera sido por aquella carretera interminable.

Dos hombres solos en un coche hablando siempre de mujeres. Él solo había conocido a su mujer. Yo me reía. Lo tranquilicé: «Nosotros somos igual».

Me preguntó cómo conseguía no perder la cabeza conduciendo 60 horas. Le hablé de Rusia, cuando a los 22 años conduje 51 horas para encontrarme con una mujer a la que nunca había visto. «Las distancias no son límites», le dije, «son excusas. Yo nunca he tenido ninguna».

La llegada al blanco

Entramos en Noruega. Un albergue en la carretera. Allí dejaríamos el coche y seguiríamos en trineo.

La guía iba cubierta, impenetrable. Cuando se quitó las gafas, descubrí que era una mujer. Una noruega, silenciosa, directa, glacial. Nino en el centro del trineo, ella delante, yo con mis 190 cm detrás, cerrando la fila.

Todavía era de día. Mi reloj marcaba la hora, pero no me decía si era de noche o de mañana. Era el sol de medianoche. Habíamos llegado al Cabo Norte.

Nino lloró. Me abrazó. Le dije, riendo: «Cuidado… la gente va a pensar que somos gais». Nos reímos, pero estábamos en el confín del mundo.

Luego llegó la helada: –52 °C.

La entrada en el verdadero Ártico

Nos llevaron a un contenedor metálico para cambiarnos. Trajes acolchados pesadísimos, cerrados con cremalleras complicadas.

Pagué a la guía. A Nino lo dejaron en un iglú con unos hombres; a mí, en otro con una familia: un anciano, de entre 70 y 80 años, y tres mujeres de entre 30 y 50.

Era un mundo cerrado. Simple. Brutal.

El hombre se mantenía aparte. Las mujeres llevaban el ritmo. Y el baño era un montículo a cinco metros del iglú: la caca se congelaba antes de tocar el suelo. Mi primera meada se convirtió en una estrella ártica amarilla. Era el Norte que me saludaba.

La mujer de mediana edad, Magi, hablaba un poco de inglés. Lo demás eran gestos, ojos, manos. El idioma del frío.

Cuando no sabía bien cómo usar el traje, ella, sin pensarlo, me tocó la entrepierna para enseñarme una cremallera escondida. No había malicia, ni vergüenza: solo función. Supervivencia.

Los tres días en el iglú

Trajeron comida. Pescado ahumado, pescado crudo, hígado de bacalao, vientre de ballena. Y bolas de tiburón. No había elección. No había alternativa. Era lo que da la naturaleza.

Luego bebí: un líquido rojo. Pensé que era vino. Era sangre de ballena filtrada, hervida y endulzada. La bebí. Me dio una fuerza que nunca había sentido. Una energía primitiva. Pensé que era cocaína. No. Era el Norte entrando en el cuerpo.

Las mujeres me observaban. El anciano salía a cazar. Yo descansaba y bebía sangre. Tres días sin teléfono, sin internet, sin ordenador, sin Nino. Solo yo y ellas.

No había noche. Solo luz, fuego, hielo y aliento.

Las tres mujeres se tumbaron a dormir. Yo buscaba un sitio. La más joven levantó el brazo y me hizo señas para que me acercara. Estallaron en carcajadas. Yo no entendía. Dijeron que yo era su «Navidad».

Una manera de decir que me habían aceptado.

Intenté darles algo de dinero para darles las gracias. Lo rechazaron. Solo querían un abrazo. Y unas palabras en calabrés para sentirse más cerca.

Allí entendí el valor de los regalos verdaderos: los que no se pueden comprar ni vender.

La despedida de la guía

Al cabo de tres días llegó la guía. Habló con las tres mujeres durante una hora. Yo estaba fuera. No entendía lo que decían. No era asunto mío. Era su lengua, su mundo, su ley.

En el contenedor, mientras me desvestía, entró la guía. Curiosa. Directa. Nórdica. Me abrazó con fuerza. Me besó. Su piel era blanca como la leche. Sus ojos, azules como el cielo de agosto.

Me pidió que me la llevara. Habría hecho cualquier cosa por salir de aquel mundo.

Sonreí con respeto. No podía. No debía.

Solo le dejé una promesa: «Si necesitas algo, escríbeme una carta. Te ayudaré». Rechazó incluso el dinero. Era una mujer hermosa, pero sola. Una soledad que no se ve de lejos. Una soledad que el frío no perdona.

El regreso a casa

Fuimos a recoger a Nino. Estaba entusiasmado. No quería volver. Pero yo tenía una cita con su mujer.

Les contó a todos sus tres días. Yo me callé. Nunca compartí nada con aquel hombre. Solo con el papel.

Y así, mientras Nino volvía a su mundo, yo ya iba camino de otro. Otro destino. Otro encuentro.

Bienvenido.

Epílogo

El Norte no te lleva: te cambia. Y nunca

te devuelve entero. Los hombres van al Polo Norte buscando luz, silencio, fotografías, sueños. Las mujeres se quedan para sobrevivir.

Los hombres cuentan lo que han visto. Las mujeres callan lo que han vivido.

Los hombres vuelven. Las mujeres se quedan. Se quedan en el frío, en casas de nieve, en silencios que nadie oye. Se quedan para sostener comunidades que no las celebran. Se quedan para proteger a niños, ancianos, extraños. Se quedan invisibles.

De allí solo me llevé un recuerdo: una mujer hermosa, increíblemente hermosa, pero sola. No en un sentido romántico. En un sentido humano. En un sentido trágico.

Reflexión

El Norte no mata el cuerpo. Mata la presencia. Y lo que queda es el blanco: un lugar donde las mujeres viven y desaparecen al mismo tiempo.

Por eso escribo. Porque los lugares extremos no cuentan su propia historia. Y quien los atraviesa no puede permitirse el lujo de quedarse callado.

Yo no. Yo no. Mi tierra me dio a luz, y el resto del mundo me acoge no como a un huésped, sino como a uno de la familia.

De la blancura absoluta del Norte descendí a la confusión absoluta de los Estados Unidos.

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

El encargo imposible

Trabajar dieciocho años para una empresa americana te da algo que ninguna otra empresa del mundo puede darte: una cultura del trabajo, procedimientos, una misión clara y un sistema de valores que no son teoría: son práctica diaria. No te los explican; te los construyen. Y lo hacen sin pedirte permiso.

Estaba en la oficina de Nueva York cuando me ofrecieron un trabajo que nunca había imaginado. No un ascenso. No un traslado. Un experimento.

Un programa confidencial, creado para validar un modelo de relaciones humanas dentro de los Estados Unidos. No habían elegido a directivos, psicólogos ni formadores. Habían elegido a personas con cierto tipo de experiencia en el mundo real. Y salió mi nombre, aunque llevaba dieciocho años en ventas. No miraban el cargo: miraban la mente.

La prueba era sencilla de explicar y dificilísima de cumplir:

visitar los 50 estados americanos en un año, eligiendo yo mismo las ciudades y quedándome al menos una semana en cada una.

Las dos últimas semanas serían vacaciones obligatorias. Ellos cubrirían todos los gastos. Yo solo tenía que vivir, observar, entender y entregar un informe cada lunes. Un relato humano, seco, preciso.

Firmé el contrato. Avisé en casa. No preguntaron nada. Solo querían saber si había llegado la provisión del mes. Yo estaba a punto de enfrentarme a un año en América. Ellos, como siempre, se enfrentaban al mes siguiente.

Por si acaso, mi sueldo se ingresaba directamente en mi cuenta bancaria en Italia. Era una manera educada de decirme: «No hagas tonterías. Vive con lo que tienes. Veamos quién eres de verdad».

Solo quince años después tuve acceso a mis informes originales, a los análisis y al material que habían reunido sobre mí. De ahí nació este libro. Obtuve la autorización para publicarlo con una condición: no nombrar nunca a la empresa que lo encargó.

No importa. Esta historia no va de logotipos. Va de un hombre en un país imposible de entender si no lo vives en primera persona.

¿Empiezo por el punto más lejano?

La elección lógica era empezar por los márgenes, no por el centro. Por dos razones sencillas:

1. Venía fresco del experimento: lucidez alta, atención máxima.

2. Empezando por el extremo podía corregir el rumbo y terminar el viaje limpiamente.

No necesitaba empezar en Boston o en Chicago. Tenía que empezar en una frontera. En un lugar que fuera América solo sobre el papel.

Elegí Juneau, la capital de Alaska. Aislada. Solo se llega en barco o en avión. Una ciudad que no pertenece a nadie. El lugar perfecto para empezar.

Optimizar los recursos

Antes de partir hice lo que un americano respeta por encima de todo: me organicé como un profesional, no como un turista.

Llamé a tres de las aerolíneas más populares, las que tienen las mayores redes nacionales. En menos de una hora compré un talonario de cincuenta vuelos nacionales con un 60 % de descuento.

Sin límites de tiempo. Sin límites de días. Sin restricciones. Una sola condición: usarlos en un año.

Hice lo mismo con las cadenas hoteleras, Uber Taxis y las empresas de alquiler de coches, y luego preparé un calendario como es debido de las etapas, de los medios, pero no de los tiempos.

Estaba listo.

Fue mi primer éxito real. La primera señal de que sabía moverme. América premia a quien actúa, no a quien espera.

Cuando la empresa vio la operación, hizo lo que una cultura americana hace siempre: comprobó la fiabilidad.

¿Era capaz de gestionar un año de movimiento constante? ¿Era capaz de afrontar imprevistos, distancias y emergencias? ¿Era autónomo?

Por eso, antes de partir, resolví otro detalle crucial:

me aseguré de tener en la tarjeta de crédito un límite mensual de al menos 100.000 dólares.

No era para gastarlo. Era para demostrar que podíamos gestionarlo. Los americanos piensan así: si no tienes autonomía, no tienes libertad. Y si no tienes libertad, no se te puede evaluar.

A partir de ese momento el programa ya no fue un encargo. Fue una misión.

Y AHORA SÍ QUE VIAJAMOS

Alaska forma parte de los Estados Unidos solo por geografía. Es otro mundo.

Es el lugar donde las mujeres desaparecen sin dejar rastro. Donde una denuncia nunca llega a destino. Donde las ciudades no son más que islas civilizadas en medio de un continente salvaje.

Juneau fue mi primera prueba: una capital sin carreteras que la unan al resto del país. Un pedazo de América que no parece América.

Aquí empecé a entender algo: el viaje no sería geográfico. Sería humano.

BLOQUE 1 (Volumen I)

Alabama – Alaska – Arizona – Arkansas – California – Colorado – Connecticut – Delaware – Florida – Georgia

BLOQUE 2 (Volumen II)

Hawaii – Idaho – Illinois – Indiana – Iowa – Kansas – Kentucky – Louisiana – Maine – Maryland

BLOQUE 3 (Volumen III)

Massachusetts – Michigan – Minnesota – Mississippi – Missouri – Montana – Nebraska – Nevada – New Hampshire – New Jersey – New Mexico

BLOQUE 4 (Volumen IV)

New York – Washington

BLOQUE 5 (Volumen V)

North Carolina – North Dakota – Ohio – Oklahoma – Oregon – Pennsylvania – Rhode Island – South Carolina

BLOQUE 6 (Volumen VI)

South Dakota – Tennessee – Texas – Utah – Vermont – Virginia – West Virginia – Wisconsin – Wyoming ALABAMA Alabama no es solo el Sur de los Estados Unidos. Es un pedazo de historia que nunca se enfría. Aquí la esclavitud no es un capítulo: es una sombra. La segregación no es un recuerdo: es una cicatriz. La fe no es consuelo: es control. En este estado todo pesa. Pesa el calor. Pesa la familia. Pesa la tradición, más que nada. La religión aprieta como un cinturón alrededor de la garganta. Las comunidades observan, juzgan, recuerdan. Nada se olvida de verdad. Nada se perdona de verdad. Y en medio de todo esto están las mujeres. Mujeres que llevan casas enteras sin que nadie las nombre. Mujeres que hacen tres turnos y se levantan al alba para preparar a sus hijos. Mujeres que rezan en la iglesia los domingos y tiemblan en silencio los lunes. Mujeres con maridos agotados por el trabajo o con hombres que no hacen nada. Mujeres que son madres, hijas, abuelas y pilares de la vida, todo en el mismo día.

La vida de las mujeres de Alabama es un péndulo constante:

– están las que se van pronto de casa para casarse, huir, crecer demasiado rápido

– están las que vuelven por un divorcio, un trabajo perdido, una violencia silenciada

Son mujeres forjadas. No frágiles. No rebeldes. No víctimas.

Forjadas.

Su resistencia es silenciosa, pero absoluta. Es la fuerza de quien no puede derrumbarse porque nadie la levantaría.

La camarera del diner

Olía a café y a fritura. Y enseguida recordé una regla que vale en todas partes: cuanto más pobre parece un sitio, mejor es la comida. Estas verdades las aprendí en la carretera. Y nunca me han fallado.

Se llamaba Carol.

Rubia —natural, quizá no—, manos estropeadas, sonrisa rápida, ojos apagados. Servía a todos con la misma gracia cansada. Y nadie la miraba de verdad.

Yo sí. Cuando veo a un ángel trabajando, no puedo evitar saludarla y regalarle una sonrisa. Es lo mínimo que puedo hacer. Me llevó a la mesa. «¿Qué quieres comer?», preguntó. Si hubiéramos estado en Italia, le habría dicho mi verdad. Lo intenté de todos modos:

«Te quiero a ti».

Me miró sin expresión. O fingiendo no entender, como ciertos nativos que, cuando lo han entendido todo, dicen que no han entendido nada. Repetirlo era inútil. Entonces pedí:

Perrito caliente. Cerveza. Y un café americano solo, con postre.

Le había despertado la curiosidad. Lo notaba en sus movimientos. Volvió a los pocos minutos: «Mi turno termina en diez minutos… ¿puedo sentarme?».

Acepté.

Se sentó con la espalda encorvada, como quien nunca descansa. Me miró a los ojos y dijo, sin dramatismo:

«Estoy obligada a hacer este trabajo. Mi marido murió en Irak. No tengo hijos, ni parientes. Y la calle… no es un trabajo para mí».

No respondí. A veces la palabra es un insulto. Le tomé la mano. Un apretón firme. Un gesto seco, limpio.

Y en su palma le dejé cien dólares.

Me levanté. Salí. Sin mirar atrás. Pero a través del cristal la vi. Se había puesto de pie de un salto, como sorprendida, como herida, como agradecida. Balbuceaba algo que no llegaba.

Y fue ahí donde entendí la verdad sobre la vida de Carol:

Ella nunca se sienta.

La cantante de gospel

Era un domingo como cualquier otro. Sentí la necesidad de tocar mi parte espiritual, y en Alabama eso significa ir a la iglesia. Allí la fe no es religión: es un escenario.

El pastor estaba terminando su sermón cuando entré por la puerta principal, abierta de par en par por el calor. No elegí una entrada lateral. Quería que mi llegada se notara en aquella pequeña comunidad.

Me vio y dijo en voz alta: «Bienvenido, forastero». Le respondí: «Bienvenido tú».

Me senté. El órgano empezó a vibrar: un sonido agudo, familiar, ese «fantasma americano» que me recuerda a Aretha Franklin incluso cuando no hay nadie famoso. Y entonces entró ella.

Su voz no cantaba: se liberaba.

Era afroamericana, no de las que pasan desapercibidas, sino de las que el destino te pone delante una sola vez para recordarte lo que puede hacer un ser humano cuando la vida lo aplasta. Su voz era enorme. Su vida, pequeña. Cantaba los domingos para respirar. Callaba toda la semana para sobrevivir.

Cuando terminó, la gente se levantó para irse, como si no hubiera pasado nada. Me acerqué. Se sorprendió: allí nadie le daba las gracias a la cantante de gospel. Es como dar las gracias al aire: todos lo dan por hecho.

Le estreché la mano. Le di un pequeño cuenco, de los que se reservan a las mujeres nobles. Porque ella lo tenía todo, o casi todo. Solo le faltaba yo. Y durante un minuto estuve allí.

«¿Quién eres?», me preguntó. Le respondí: «Soy uno de los ángeles que bajaron del techo solo por ti. Y gracias a ti hoy sigo siendo humano. Nunca voy a volver atrás».

Sonrió. Buena señal. Yo no vendía nada. No buscaba nada. Absorbía. Como siempre.

Su curiosidad estaba a punto de estallar en una pregunta, pero yo ya iba hacia la salida. Y entonces ocurrió.

Su voz me llamó: «¡Señor! ¡Señor! ¡Forastero!». Un grito fuerte, lleno de aire y de algo que no era dolor.

No me di la vuelta. Sé distinguir un grito de auxilio de un grito de «por qué». Aquel era un «por qué». Y no necesitaba respuesta. Mi ofrenda se quedó a sus pies. Era mi señal. Ella escribiría el resto de su vida, esa que nadie aplaudió nunca.

La universitaria

Vivía entre libros y discriminaciones sutiles. Yo estaba sentado fuera del campus, esperando a una antigua colega que se había hecho profesora allí. El campus estaba lleno de chicos que corrían, reían, fingían no ser observados. Ella no. Ella observaba.

Cuando llegó mi antigua colega, me abrazó con fuerza. La estudiante vio la escena. No apartó la mirada. Y mientras yo devolvía el abrazo, la miraba a ella. Solo a ella.

La profesora tuvo que irse corriendo a otros compromisos. Me dejó en medio del patio con una despedida rápida y un aire nostálgico. Fui a sentarme al borde de la fuente, junto a la estudiante. Sonrió. Una de esas sonrisas que no son una invitación ni una defensa: son la verdad.

«¿Cuáles son tus sueños?», le pregunté. «Eres joven, inteligente… y condenadamente guapa».

No se sonrojó. No se infló. Respondió seca, como quien ha aprendido a convivir con la realidad:

«Sueño con escapar del Sur.

Pero el Sur me sigue a todas partes».

Asentí. «¿Sabes de dónde soy yo?». Negó con la cabeza. «Del sur de Italia». Hizo una pausa de un segundo. Luego se rio. Una risa corta, de esas que abren una ventana sobre el peso.

Hablamos poco. Pero bastó.

«Nacimos para luchar con la identidad, el pasado y las expectativas», le dije. «Siempre pedimos a los demás que cambien, pero el verdadero cambio empieza dentro de nosotros».

Era joven. Pero el peso que cargaba no lo era. Y lo cargaba con dignidad.

Antes de irme quise dejarle algo que no fuera un discurso ni una promesa. Solo la verdad.

«Recuerda, querida:

el Sur es al Norte lo que una mujer es a un hombre».

Me miró. Lo entendió. No hacía falta nada más.

Me levanté. «Adiós. Y buena suerte».

No respondió. Solo sonrió. Y aquella sonrisa tenía más futuro que todo el campus.

La mujer de la plantación moderna

Tenía una cita con el presidente de la Cámara de Comercio del estado. Yo había sido concejal en Italia, y ciertas dinámicas institucionales, en cuanto vuelves a verlas, te vienen a la cabeza. Era alto, delgado y elegante. Un reloj de oro. Un leve perfume de riqueza antigua. De esa que no se exhibe: se lleva puesta. Porque aquí los ricos no huelen a dinero. Huelen a todo.

Estaba orgulloso de su estado. Demasiado orgulloso. Convencido de que la economía de Alabama sostenía a toda la nación, decidió demostrármelo llevándome a una plantación de algodón. Primero la tierra. Luego la transformación. Luego la industria agrícola moderna, la que ha quitado las cadenas pero ha dejado los mismos ritmos.

Y fue allí donde la vi.

El sol le quemaba la espalda. Sus movimientos eran terriblemente lentos, precisos, sin una queja. Era una mujer en plena edad

adulta, con un rostro que parecía esculpido por el cansancio. La familia sobre los hombros. La piel surcada. Los ojos duros. El ritmo de quien nunca se permite un error, jamás.

Le pregunté al presidente si podía hablar con los trabajadores. Quería «entender mejor», le dije. Una excusa. Solo quería hablar con ella.

Me acerqué. Se arrodilló y me besó la mano. Un gesto antiguo, fuera de lugar, fuera de tiempo. La detuve enseguida.

«Levántate», le dije. «No soy un obispo. Ni un papa. Solo soy un hombre como tú».

No respondió. Apenas me miró, como hacen quienes no pueden permitirse mirar de verdad. Me quedé en silencio unos segundos. Luego me fui. Pero no había terminado.

Al día siguiente volví solo. Quería verla de nuevo sin el teatro político a mi alrededor.

Esperé a que salieran los trabajadores. Cuando me vio, bajó los ojos. Timidez. Respeto. Y unas ganas contenidas de hablar.

La detuve con un gesto lento, sin imponer nada. Ella era el rostro de la continuidad escondida del Sur: el esfuerzo antiguo que nunca se ha borrado. Solo se ha escondido mejor.

Le tomé la mano. Le di una pequeña estampa del Padre Pío que siempre llevo conmigo. Detrás había escrito:

«El dolor no se olvida cuando pasa.

Solo se olvida cuando perdonas».

No dije nada más. No hacía falta. Ella asintió con un gesto pequeño, invisible para los demás. Pero para mí eso lo era todo.

Epílogo – Alabama

Alabama no es un estado: es un juicio. Un lugar donde el pasado no pasa y el presente no pide permiso. Todo sigue escrito en dos líneas: quién está en pie y quién cae. Y siempre, la que está en pie es una mujer.

Vi cuatro rostros distintos pero la misma verdad: la camarera que nunca se sienta, la cantante de gospel que canta para respirar, la estudiante que sueña con escapar de un Sur que la persigue, la trabajadora de las nuevas plantaciones, heredera de un esfuerzo antiguo. Cuatro historias. La misma raíz. La misma batalla silenciosa.

En Alabama la mujer vive dentro de una fe que protege y castiga, una familia que sostiene y asfixia, una comunidad que observa y juzga. Y sin embargo resiste. No cede. No se quiebra. No se justifica.

Los hombres describen su Sur como un motivo de orgullo. Las mujeres lo viven como una prueba.

Reflexión – Alabama

La verdad es simple: donde el hombre exhibe el nombre, la mujer gobierna el mundo.

Alabama me enseñó que algunas vidas no necesitan una voz para gritar. Necesitan a alguien que las escuche. Y yo, una vez más, hice lo que sé hacer: pasar, observar, comprender y luego irme sin molestar.

Porque el Sur estadounidense, como el Sur global, tiene una regla que se cumple desde hace siglos: quienes viven allí no cambian. Cambian quienes los ven.

Yo lo vi. Y no seguiré siendo el mismo.

ALASKA

Alaska no es un estado: es una frontera viva. Un territorio grande como un continente, donde el hombre es el huésped y la naturaleza decide. Hay ciudades conectadas solo por aire. Pueblos que ven a un médico una vez al mes. Casas donde la electricidad es un lujo y el agua caliente un privilegio. Aquí el frío no es clima: es un personaje. Da forma a las personas, moldea las costumbres, impone el silencio. La vida está hecha de distancias imposibles, trabajo duro, un aislamiento que cava hondo y cambia la manera en que hablamos, amamos y sobrevivimos.

Las comunidades nativas cargan con siglos de tradiciones. Las mujeres son los pilares: mantienen el hogar, crían a los hijos y sostienen unida a la comunidad. Pero no son la voz. A menudo no tienen espacio para contar lo que soportan.

En las ciudades —Anchorage, Fairbanks, Juneau— el mundo se mueve más rápido, pero la soledad sigue siendo la misma. Las mujeres llegan buscando trabajo, libertad, un futuro. Muchas terminan tragadas por las afueras, por los turnos en las petroleras, por malas relaciones, por el silencio de las instituciones.

En Alaska, cuando una mujer cae, el ruido no llega a ninguna parte. El frío lo cubre todo. Y lo que desaparece sigue desaparecido.

La taxista

Bastó el trayecto del aeropuerto al hotel. Cuarenta y cinco minutos por una carretera helada y una viuda de cuarenta años no dejó de hablarme ni un segundo. En Alaska siempre es así: la gente vive

sola, pero cuando encuentra a alguien que escucha, se abre como si fuera su último día.

Había decidido que durante todo ese viaje sería un escritor. Sin roles, sin empresa, sin pruebas. Me quedé en el anonimato, porque la verdad es que yo tampoco sabía bien qué estaba buscando. Solo sabía que alguien me pagaba para entender algo que no decían. Ella empezó con las preguntas de siempre: edad, trabajo, si estaba casado, si tenía hijos. Respondí simplemente: «Estoy comprometido».

Ella soltó una carcajada. Y la risa, en Alaska, es el pasaporte hacia la confianza de una mujer. En ese momento yo estaba dentro de su mundo.

Llegamos al hotel. Aparcó y encontró una excusa para acompañarme a la habitación con la maleta. Entendí algo de inmediato: cuando una mujer quiere algo, no lo pide. Lo toma.

Fue la primera señal de que debía tener cuidado. No era arriesgado, era respetuoso: una mujer que conduce sola de noche en Alaska no llega a los cuarenta si no ha aprendido a leer a los hombres mejor que nadie.

Seguimos siendo amigos. Todavía hoy nos escribimos. Ella me pide consejos, y cada vez repite la misma frase:

«Tú tienes la solución a los problemas de todos, pero no tienes problemas propios. Tienes oportunidades».

Una mujer que conduce en el frío helado para sobrevivir. Y que nunca ha dejado de entender a los demás más de lo que ellos la entendieron jamás a ella.

La policía de frontera

Salí a caminar por la mañana. Cuando viajo hago siempre lo mismo: dejo los documentos y la cartera en el hotel y llevo solo la tarjeta del hotel. Es una costumbre que tengo desde hace años. Estaba observando las casas, el frío, el silencio de Alaska cuando, sin previo aviso, llegaron dos coches de policía. Dos agentes bajaron corriendo, cortaron el tráfico, tendieron la cinta amarilla y acordonaron una zona como si acabara de producirse un asesinato.

Me quedé mirando, pero a los pocos segundos una de ellas me ordenó que no me moviera. Querían interrogarme como testigo.

¿Testigo de qué?

Yo no había visto nada. Era solo un hombre que paseaba.

El «caso» era este: un perro había muerto asfixiado. Alguien le había dado salchichas sin agua. En Alaska, también esto es un delito.

En ese momento pensé que había entrado en el set de una película. Pero era real. Era Alaska. Y yo estaba allí.

Me ayudaron a subir a su coche y me llevaron de vuelta al hotel a buscar mis documentos. Una de las dos hablaba bien francés y empezó a hacerme preguntas en ese idioma.

El perro estaba muerto. Había que encontrar al culpable. Yo estaba allí, así que podían interrogarme.

Dije que amaba a los animales. Que tenía dos en Italia. Y eso, con esa lógica norteamericana inexplicable, bastó para considerarme «no sospechoso».

La tensión se relajó. Las formalidades se evaporaron. Y llegó una invitación a cenar.

La policía, sin uniforme, tenía un fuego que no esperarías en medio del hielo. Olvídate de los estereotipos sobre las mexicanas o las españolas: las mujeres de Alaska son ardientes para sobrevivir, no para jugar.

La cena fue sencilla, directa y sin pretensiones. Mis bromas la hicieron reír como no se reía desde hacía años. Aquí, en lugares tan remotos, la risa es un bien escaso.

Al final nos despedimos sin promesas ni expectativas. Solo quedó una cosa, fuerte y afilada:

El silencio.

Ese que siempre llega después de cada historia en Alaska. Y que pesa más que el hielo.

La universitaria

Había preguntado en el hotel dónde estaba la biblioteca. Para mí siempre ha sido un lugar ideal: silencio dentro, palabras fuera. Un lugar donde la gente se viste de calma, solo para volver a ser la de antes en cuanto cruza la puerta.

Me fijé enseguida en Elga, la secretaria. Llevaba unas gafas modernas de montura roja. Un detalle que, en una mujer del Norte, transmite estilo, carácter y una sensualidad natural. La invité a una pausa para el café. No lo pensó dos veces: cerró la biblioteca y salimos.

Llegamos a la parada del autobús, pero el nuestro se había ido minutos antes. Una llamada que nunca entró. Un tren perdido.

Una de esas pequeñas fracturas que se convierten en oportunidades.

Ella no se desanimó. Me tomó del brazo como si me conociera desde hacía años y me llevó a su casa. Preparó té inglés, galletas, una bienvenida sencilla, casi infantil. Yo era el italiano que estaba allí por casualidad, ella una joven universitaria que buscaba un pedazo de futuro. En aquella sala pequeña y ordenada entendí una cosa: la amabilidad, en Alaska, es un gesto breve. Un acto inmediato. No es formalidad: es necesidad.

Buscaba marido. No lo dijo, pero se notaba en cada movimiento. Hice lo único que de verdad sé hacer: le di algunos consejos. No era yo quien debía tomarle la mano. Vine al mundo para dar, no para tomar. Y aquel no era mi momento.

Tres años después recibí un correo. Una foto. Ella, con un niño en brazos. Y una sola frase:

«Le puse tu nombre.

No por amor. Por respeto».

En un país donde la escarcha lo cubre todo, a veces basta un pequeño gesto para dejar una huella que nunca se derrite.

El ama de casa

Me di cuenta de que estaba abandonando mi dieta. Comer una sola vez al día estaba bien de viaje, pero no en un lugar como Alaska, donde el frío te consume sin pedir permiso. Decidí dejar el restaurante e ir al mercado. Era la elección más lógica: comer bien y observar mejor a la gente del lugar.

En los supermercados de provincia se entiende todo: cómo se visten, cuánto gastan, cómo miran a sus hijos, cómo llevan el

cansancio. Es el escaparate más sincero de la ciudad.

Tomé un paquete de jamón italiano y un poco de mozzarella de búfala —un lujo raro en aquel frío helado— cuando un carrito lleno me golpeó en el costado. Por instinto pensé que era una casualidad. Pero, según mi experiencia, las mujeres no hacen nada «por casualidad». Siempre saben adónde van.

Me miró y dijo: «Jamón y mozzarella... ¿tienes que ser italiano?». Lo había captado todo en un segundo: la nacionalidad, el gusto, incluso la elegancia de la compra.

Se llamaba Rose, cincuenta y seis años.

Vivía con su hija, su yerno y dos nietos. Eran su alegría y su carga. El tipo de mujer que mantiene a flote una casa sin que nadie se dé cuenta.

Le propuse un café en una cafetería cercana. Aceptó sin dudar. Terminó la compra, la metió en el coche y volvió hasta mí.

Sentada a la mesa, empezó a hablar. Mucho. Yo escuché. No la interrumpí. A veces la palabra más fuerte es el silencio que dejas usar al otro.

En un momento sonrió y dijo: «Italiano, amor, mamma, pizza, spaghetti...». La frase de siempre construida con estereotipos, pero con una ternura verdadera. Me pregunté si habría leído alguno de mis libros.

Luego lo dijo: era escritora. Y había comprado un texto mío, publicado con seudónimo. Por suerte, no me había reconocido.

Siguió contándome su vida, la casa llena, los días todos iguales, el miedo a que a sus nietos les faltara algo, el amor que no se puede expresar porque parece obvio.

Cuando por fin se detuvo, me miró a los ojos. Fue una de esas miradas que dicen más que mil palabras.

Solo le dije esto: «Mañana compro tu libro. Y luego te mando la reseña».

Se emocionó. Le temblaba un poco la voz: «Gracias. No sabes lo que ha significado para mí conocerte. Qué persona tan elegante, tan educada... ¿Todos los italianos son así?».

Le respondí como respondo siempre: «Mira las manos y los pies. Ahí es donde se entiende de dónde viene realmente una persona».

Rose sonrió. Era la sonrisa de una mujer invisible que, por una tarde, había dejado de serlo.

Epílogo – Alaska

Alaska ni te acoge ni te rechaza. Te observa. Te mide. Te mantiene en suspenso hasta saber si eres lo bastante honesto para quedarte un día más o lo bastante cuerdo para irte.

En este estado, la distancia no es geográfica: es humana. La gente vive en silencios que duran unos segundos, pero que aquí se convierten en meses. La soledad es su lengua materna. Y las mujeres son quienes mejor la hablan. Vi a cuatro mujeres en cuatro roles distintos, y todas tenían algo en común: no esperaban a nadie.

La taxista conducía para no detenerse. La policía controlaba un mundo que no se podía controlar. La universitaria buscaba un futuro en un lugar que le quitaba el presente. El ama de casa sostenía una casa entera sin que nadie la viera.

En Alaska, las mujeres no piden. Actúan.

Es un lugar donde la vida es corta, la noche es larga y la verdad no necesita espectadores.

Reflexión – Alaska

Alaska me enseñó algo simple y feroz: el mundo no se divide entre hombres y mujeres. Se divide entre quienes cargan con el peso y quienes se lo echan encima a los demás.

En este estado, el peso lo cargan ellas.

No vi fragilidad. Vi dignidad. Vi una calma que no nace de la paz, sino de haberse acostumbrado a la tormenta. Vi mujeres que no se quejan porque saben que, si lo hicieran, nadie las escucharía.

Las mujeres de Alaska no son invisibles porque falten. Son invisibles porque nadie las mira el tiempo suficiente para verlas de verdad.

Son madres sin tiempo, trabajadoras sin horario, guardianas sin público. Son una parte de la sociedad que no pide aplausos. Y nunca los pedirá.

Las mujeres de Alaska no hablan de lo que viven. Por eso lo hago yo ahora.

ARIZONA

Arizona es una herida abierta en el desierto. Una extensión de polvo, cañones y silencios que no blasfeman: juzgan. Aquí el sol no calienta. Quema. Y la noche no refresca. Divide.

Es un estado de frontera, donde cada carretera lleva un sospechoso. Inmigrantes, agentes de la patrulla fronteriza, tribus nativas, veteranos, camioneros, mujeres solas, familias rotas: todos mezclados en un calor que no perdona.

Las ciudades parecen modernas, pero en cuanto sales del perímetro sientes la verdad: Arizona es desierto, despoblación, droga, choques entre culturas, raíces indígenas que nunca se extinguen y una soledad sin horizonte.

¿Y las mujeres? Aquí viven en el ojo de la tormenta: entre fronteras e identidad, entre supervivencia y orgullo, entre violencia y libertad.

La mujer de Arizona puede ser cualquier cosa: – nativa hopi o navajo– inmigrante mexicana– madre soltera de un pueblo fantasma– agente de la patrulla fronteriza– enfermera en las reservas– estudiante de Phoenix que sueña con escapar.

Pero en cada papel hay la misma carga: resistir sin poder detenerse.

La policía de frontera, 38 años

Un encuentro con las fuerzas del orden, en cualquier parte del mundo, es siempre una prueba de la sociedad en la que te encuentras. Siempre lo he vivido como un enfrentamiento directo con el territorio, sus reglas, sus límites, sus fantasmas.

Aquella tarde había alquilado un coche para sentirme libre e independiente. Estaba convencido de que la carretera era mía. Pero en Estados Unidos la carretera nunca es tuya. Te cobra.

Conduje cuatro horas sin parar. Luego cinco. El desierto de Arizona no perdona: cañones interminables, silencios que dan escalofríos, millas que parecen todas iguales.

Y entonces la vi. Una patrulla con las luces encendidas. Orden de detenerme.

Bajó una mujer. Tenía rasgos claramente mexicanos, ojos negros intensos, el pelo oscuro recogido, labios rojos. Ray-Ban oscuras y un cuerpo que parecía esculpido por el propio desierto. Sin pensarlo, le dije:

«¿Se escapó de un concurso de belleza?».

No se dejó tocar. «No se haga el gracioso. Saque los papeles o lo arresto».

Lucidísima. Letal. Profesional.

Le entregué todo. Las preguntas de siempre: por qué estaba tan cerca de la frontera, de dónde venía, por qué llevaba horas conduciendo en línea recta. «No puedo decir que estoy recogiendo setas», respondí. «Quiero ver la América real, la que no se encuentra en los libros». Me hizo bajar del coche. Lo revisó todo. Luego me estudió. «¿Por qué no tiene alcohol? ¿Por qué no fuma?». «Soy exjugador de rugby. Solo me queda uno de mis vicios». «¿La comida?», dijo. «Lo que yo quiero no se come. Solo se puede amar». «¿El perro?», se rio. «No». Se puso rígida. Se dio cuenta de que me estaba pasando. Era terreno peligroso: ella tenía el poder, la autoridad e incluso un carácter que no pedía permiso. «¿Y se puede saber qué es lo que solo se puede amar?», preguntó. «Claro. Aquella de la que todo empezó, la que nos hizo, la que nos mantiene vivos, la que nos lleva adelante». «¿Quién?». «La mujer. ¿No lo había entendido?». No respondió. Me devolvió los documentos. «Vuelva atrás. Este no es su camino». Obedecí. Era lo más inteligente que podía hacer. Luego llegó la noche.

Y a las diez, en el vestíbulo de mi hotel, la vi entrar. Ropa de calle. La misma mirada. La misma fuerza. Una mujer que sabía exactamente lo que quería.

Se acercó. «¿Me invitas a una copa?».

«No», respondí. Y me levanté.

Me tomó del brazo. «¿Por qué te vas?».

La miré a los ojos y le dije la verdad:

«Huir del peligro no es cobardía. Es sentido común».

Y me fui.

La mujer navajo

Esa mañana me desperté tarde. Más tarde tenía que hablar en el campus como orador invitado. Tomé mi bolsa de trabajo, bajé al aparcamiento y subí al primer autobús que decía «Campus». Un error simple, estúpido, inocente.

Al cabo de una hora seguía sin reconocer nada. Carreteras distintas, paisajes distintos, y nadie se bajaba. Luego el autobús se detuvo. Final del recorrido.

Reserva navajo.

El siguiente autobús saldría al día siguiente. Sin teléfono, sin contacto, sin forma de avisar a los colegas. Tendría que presentarme al día siguiente y explicar el malentendido. Pasa. La vida no avisa.

En cuanto entré en la reserva, el jefe indio me abrazó como a un pariente que vuelve después de años. Me presentó a su mujer, a su hija y a los parientes cercanos. Me mostraron el lugar, me ofrecieron de beber y dijeron, como si nada:

«Esta tarde hacemos una fiesta para ti».

Esperaban a otra persona. Yo habría acabado allí por casualidad. O a veces el destino llega disfrazado de error. Sonreí. Acepté. Dejé

que el desierto decidiera.

Carne de búfalo. Tortas de sangre. Patatas, pimientos y cebollas. Cerveza y alcohol sin freno. Trajes tradicionales por todas partes. El fuego ardía. Los tambores lentos. Y la hija del jefe poniéndome un sombrero con una pluma blanca.

Era una verdadera navajo. Silenciosa. Atenta. Acostumbrada a verlo todo y no decir nada. Una de esas mujeres que crecen entre tradición, trabajo, heridas domésticas que nadie denuncia y una identidad que no muere ni siquiera bajo el cemento.

La fiesta siguió hasta tarde en la noche. Escenas que había visto en las películas de John Wayne, pero al revés: ellos no eran los agresores. Eran los supervivientes.

Me hicieron dormir en el tipi del jefe, tumbado sobre pieles de búfalo. Sin ropa. Un rito antiguo. Acepté. No estaba allí para oponerme a un mundo que me había acogido. Al rato entró la hija del jefe. Del mismo modo. Sin palabras. Solo presencia.

Luego llegaron el jefe y su mujer, cada uno en sus pieles, cada uno en su sitio. Vigilaron a su hija. Y me vigilaron a mí. Contentos. Tranquilos. Como si todo estuviera en su lugar.

A la mañana siguiente busqué un baño. Ella me señaló un cañaveral y un río.

Intenté lavarme en el río, pero el agua estaba turbia y llena de peces. Me metí entre las cañas. Parecía despejado.

Me equivocaba.

En cuanto me acomodé, salieron dos indios con periódicos en la mano, como si fuera lo más normal del mundo. Luego un tercero. Luego otro.

Todo el pueblo cagaba en el mismo cañaveral.

Y yo que creía estar solo.

El autobús de vuelta a la civilización estaba a punto de salir. No podía perderlo.

La hija del jefe me detuvo. Había duda en sus ojos. «¿Te volveré a ver?».

Le di mi portátil. Una forma de seguir en contacto. Una posibilidad.

Pero ese contacto nunca llegó.

Porque el silencio de los indios no es ausencia. Es historia. Es ley. Es memoria que no busca confirmación.

La enfermera del pueblo fantasma – 45 años

La tiroides había empezado a darme problemas. No comía, pero engordaba. Un clásico.

Probé en la farmacia: sin receta, no había medicamento. Probé en los supermercados: no había versiones sin receta. La única opción que quedaba era el hospital.

Y allí la conocí.

Conchita.

Enfermera. Cuarenta y cinco años. Vivía en las zonas abandonadas de Arizona, donde el calor pesa como una maldición y la noche se llena de sobredosis, sirenas lejanas y casas vacías. En los pueblos fantasma la gente desaparece incluso estando viva.

Me miró. Cada día veía desesperados, drogadictos, heridos, familias rotas. Alguien como yo —un extranjero, de traje, educado

y allí solo por un medicamento para la tiroides— no estaba en la lista de problemas urgentes.

Y sin embargo el procedimiento era una barrera infranqueable. El Obamacare daba atención a todos, sí, pero solo si estaban ingresados.

Yo no tenía que ser ingresado. Solo tenía que seguir viviendo.

No insistí. No hacía falta. Solo le dije que me alojaba en el hotel de al lado. Le dejé mi nombre: Ferdinando. Nada más.

Me fui. Esa noche, hacia la medianoche, sonó el teléfono del hotel. El recepcionista me preguntó si podía dejar subir a una señora o si prefería bajar al vestíbulo.

Elegí bajar.

Conchita estaba allí. De paisano. Sin uniforme, sin roles.

«¿Podemos hablar?», preguntó. Asentí.

Fuimos a un pub cercano. Sentados uno frente al otro, metió la mano bajo la mesa y me pasó un pequeño sobre blanco. Dentro, mis medicamentos. Me los pasó como se pasa la droga a los adictos. Con la misma cautela, el mismo riesgo, el mismo secreto.

No entendía por qué lo hacía. Yo no le había pedido nada.

Solo lo entendí cuando habló.

«No es el medicamento», dijo. «Es la forma en que pidió las cosas. El modo. Los modales. El estilo».

Me miró a los ojos. Una mujer que pasa los días entre gritos, urgencias, violencia y pobreza reconoce enseguida a quien no quiere tomar, sino solo vivir.

«No lo hago por todos», añadió. Y yo lo sabía.

En medio de un desierto lleno de ausencias, una mujer invisible había decidido estar presente.

La camarera de Tucson – inmigrante de 22 años

Por la tarde me entraron ganas de algo dulce. No era hambre, era falta de cariño, y lo sabía. El remedio más simple era sentarme en un restaurante y pedir algo azucarado.

La camarera llegó enseguida. Pequeña, delgada, frágil de cuerpo pero rápida de movimientos. Parecía la hermana de Speedy Gonzales con falda: se deslizaba entre las mesas como si le ardieran los tobillos.

«¿Cuántos años tienes?», le pregunté.

Ni siquiera miró la libreta. Me fulminó con la mirada.

«¿Y a ti qué te importa? Consume, paga y vete. Y si me molestas, llamo a la policía».

Veintidós kilos de cuerpo. Veinte toneladas de carácter. Dinamita pura en un frasco de vidrio.

El dueño salió enseguida a pedir disculpas. Lo había visto todo. Yo no había hecho nada malo, pero ella no era de las que analizan: reaccionaba.

Me contó su historia. Había llegado de México sin nada: sin dinero, sin familia, sin documentos sólidos, sin certezas. Servía mesas para sobrevivir y esperaba un futuro que Arizona rara vez ofrece.

Tenía prisa. Toda la prisa del mundo. Y esa prisa era su límite.

Pedí papel y bolígrafo. Escribí una carta. Sin romanticismo, sin ilusiones: solo la verdad. Se la dejé a través del dueño, que asintió como se asiente ante quien muestra respeto.

Al día siguiente pasé por el local. No entré. Solo quería observar.

De pronto oí pasos rápidos detrás de mí. Un golpe en la espalda.

Me di la vuelta.

Era ella.

La cara tensa, los ojos nerviosos, la respiración corta.

«Tengo veintidós», dijo.

«¿Y dónde carajo duermes? Te he buscado toda la noche. Ni la policía sabe dónde estás».

La miré. Era la misma chica de la noche anterior, pero sin armadura. Una niña en un mundo que devora a los adultos.

Me despedí de ella. Y me fui. No por indiferencia. Por respeto. Porque ciertas fragilidades no se tocan: hay que dejarlas ir.

Epílogo – Arizona

Arizona no es un paisaje: es una frontera. Y las fronteras no se cruzan. Se enfrentan.

En este estado, el calor no es temperatura: es juicio. El desierto no es espacio: es soledad. La gente no vive: resiste.

Conocí a cuatro mujeres y todas tenían la misma palabra: supervivencia. La policía de frontera, armada hasta los dientes pero tan sola como el desierto que patrulla. La mujer navajo, hija de una tierra que no perdona y de una memoria que nunca sana. La enfermera de los pueblos fantasma, que cura vidas sin que

nadie la vea y salva a quienes ya no tienen nada. La camarera inmigrante, veintidós años de rabia y fragilidad, en guerra con un mundo más grande que ella.

Cuatro caminos distintos. El mismo desierto por dentro.

En Arizona, las mujeres no esperan un futuro: lo buscan con todas sus fuerzas. Y cuando no lo encuentran, siguen caminando. Porque detenerse significa desaparecer.

Los hombres cruzan este estado para ver los cañones. Las mujeres lo cruzan para evitar la muerte. Y lo hacen en silencio, sin pedirle nada a nadie.

Reflexión – Arizona

El desierto te enseña una cosa: nadie sobrevive solo.

Y sin embargo, las mujeres de Arizona lo hacen. Cada día. Cada noche. En un clima que corta la respiración y en una sociedad que te exige ser fuerte incluso cuando no puedes.

Son mujeres que no tienen tiempo para quejarse. No tienen tiempo para soñar. No tienen tiempo para equivocarse.

Y yo, una vez más, hice lo que hago siempre: las conocí, las observé, las escuché y luego las dejé ir. Porque el respeto también consiste en no retener. Arizona me recordó que hay vidas que no piden ser comprendidas: solo piden no ser ignoradas.

Y yo no las ignoraré. Nunca.

ARKANSAS

Arkansas es una curva lenta entre colinas, ríos y casas de madera que crujen. Es un estado que no hace ruido porque el ruido

atraería atenciones no deseadas. Aquí todo está reducido a los huesos: trabajo agrícola, minas olvidadas, comunidades aisladas, barrios donde la pobreza no es una fase sino una herencia.

Es la América que vive fuera del mapa. La riqueza está al Oeste. La modernidad está al Norte. Aquí se quedan los demás: los que no tuvieron alternativa.

Las mujeres de Arkansas son las que mantienen unido lo que queda: familias inestables, casas que se derrumban, maridos ausentes o agotados de trabajo. La mujer de Arkansas crece pronto, se casa pronto y envejece pronto.

Ella es: – madre a tiempo completo – enfermera sin título – psicóloga improvisada – cocinera, chófer, educadora – trabajadora mal pagada en supermercados, granjas, clínicas de bajo coste.

Pero no termina ahí. Arkansas tiene también otra cara: dura, escondida, hecha de trabajos que dan poder pero quitan la vida. Ella es también: – una empleada de correos que conoce los secretos de todo el pueblo – una directiva de empresas locales, sin primas ni gloria, solo estrés – una funcionaria de Hacienda y recaudación, temida pero ignorada, aplastada por el papeleo y los sueldos bajos – una agente del FBI trasladada aquí como castigo o por protección, obligada al silencio – una técnica del servicio de aguas, que garantiza el agua a una comunidad que ni siquiera conoce su nombre – una trabajadora de una farmacéutica, donde se prometen curas pero se ofrecen turnos agotadores

La fe es un ancla. La fatiga es diaria. La soledad es la norma.

Aquí las mujeres no buscan la emancipación: buscan un respiro. Y a menudo no lo encuentran.

La empleada de correos – 48 años

En Arkansas, la oficina de correos está en el corazón del pueblo. Es mucho más que un lugar por donde pasan cartas y paquetes: por allí circulan chismes, cheques, quejas, fraudes y confesiones.

Ella la mantiene a flote. Lo sabe todo de todos. Pero nadie sabe nada de ella.

Para mí fue como volver a la oficina de mi madre. Treinta y cinco años en correos, y ciertas dinámicas se reconocen al instante: jerarquías rígidas, confianza depositada en unos pocos elegidos, dinero que cambia de manos pero siempre bajo control. Entré sabiendo ya qué tipo de respuesta obtendría. La previsibilidad es una ventaja.

Fue un juego que Kriss, 48 años, directora, me abriera la puerta de su despacho. Enseguida me trató como a un «consultor extranjero», con esa curiosidad mezclada con desconfianza que tienen las mujeres acostumbradas a no fiarse de nadie pero cansadas de hacerlo todo solas.

Primero me mostró lo que sabía hacer. Luego, con más valor, lo que quería.

Superada la primera barrera, el contacto con el dinero y con sus herramientas de cada día disolvió el resto. Empezó a hablar. Relaciones difíciles con la administración, bloqueos en la carrera, promesas rotas, controles constantes, cero reconocimiento.

«Necesito soluciones rápidas y eficaces», dijo.

Solo le dije una frase en latín, lanzada como provocación: «Do ut des». Te doy para que me des.

Lo entendió enseguida: «Te daré todo lo que quieras si me ayudas».

En tres días preparé una serie de cartas para la Dirección General. Ella las leyó, las firmó y las envió. Poco después llegó la convocatoria.

Exigió que la acompañara como consultor. Acepté. El resultado fue claro: – paso de funcionaria a directiva – aumento de sueldo – mismo puesto – muchos menos controles.

Salió de la oficina saltando de alegría. Era un problema que arrastraba desde hacía al menos cinco años, y en una semana desapareció.

Por la noche me llevó a cenar.

Llegó vestida con elegancia, distinta de como la había visto en la oficina. Estaba claro que alguien la había ayudado a arreglarse: compañeras, amigas, su hija. Todas habían participado en ese paso de «descuidada» a «visiblemente mujer».

Al final de la cena fue a la caja a pagar. Volvió sin haberlo hecho. El dueño la había detenido: la cuenta ya estaba pagada.

Yo lo había avisado antes: «No le cobre ni un céntimo. Es cuenta mía».

Kriss sonrió. Luego me dijo que nos fuéramos. «Te llevo a casa. Quiero darte el regalo que te mereces».

Sabía exactamente lo que tenía en mente. Le dije que se adelantara, que la alcanzaría en un rato.

Yo, en cambio, me dirigí al aeropuerto. Me fui del estado.

Tres días después recibí un correo suyo. Me decía que estaba decepcionada por mi comportamiento, pero también agradecida. Había encontrado, en sus palabras, «un hombre especial que no quiso nada a cambio de cambiarme la vida».

La agente del FBI fuera de rumbo – 38 años

Llegó de Washington, acostumbrada a grandes investigaciones, a reuniones informativas pesadas y a salas acristaladas con hombres que deciden la vida de los demás. Ahora se encuentra en una comisaría de las afueras de Arkansas: drogas baratas, violencia doméstica, silencios obstinados. Su poder no sirve de nada. Su soledad, sí.

Yo estaba allí para declarar mis habilidades y mis debilidades ante la Embajada. Protocolo estándar. Entro en su despacho: Marion, 38 años, agente federal trasladada a la fuerza.

«Tenemos que tutearnos, Nando», dijo enseguida. «Dime: ¿tienes alguna debilidad?».

«Sí. Las mujeres».

Se puso rígida. «¿Qué quieres decir?».

«Las ayudo, las amo si puedo… y las dejo».

«¿Por qué?», preguntó. «Porque ustedes mastican siempre con los mismos dientes, mientras que nosotras tenemos muchos más. Es una cuestión de comportamiento: no todo se puede sostener, no todo se puede retener». Ahora quería que la analizara. «Entonces hazlo también conmigo. Dime por qué me trasladaron aquí. Muéstrame lo que ves».

Tres minutos. No más. Bastaron para que se derrumbara.

Su problema era simple: no sabía controlar sus emociones. En una agencia como el FBI, eso es una maldición. Te vuelve débil, te vuelve poco fiable, te quitan las investigaciones y te mandan adonde no puedas hacer daño.

Se lo dije. Sin filtros.

Al principio lo rechazó. Luego lo pensó un segundo. Y rompió a llorar. Me abrazó como se abraza a alguien que dice la verdad cuando nadie más ha tenido el valor de hacerlo.

Después firmó los documentos que certificaban mi posición. Fue un acto lógico, pero su firma fue emocional.

Al salir, llamé a Washington. Pedí un traslado: «Muévanme a Miami. Aquí no puedo quedarme. Allí seré libre».

Seis meses después, Marion seguía en contacto conmigo. Llamadas, correos y peticiones de citas.

Yo le decía siempre lo mismo: «No hay futuro. Ya estoy en otra parte».

No se rindió. Era del FBI. Y cuando el FBI te pone en la mira, no te suelta enseguida.

La trabajadora farmacéutica – 55 años

Trabaja en una planta que produce medicamentos para toda la nación. Una ironía poderosa: cura a los demás y se envenena a sí misma. Productos químicos pesados, turnos duros, mascarillas que protegen solo a medias, un salario que no protege de nada.

Nadie sabe su nombre. Todos toman las pastillas que pasan por sus manos.

Mi entrada no estaba prevista. Todo empezó en una cena, después del Covid, cuando dije riendo que me había puesto cuatro dosis de Pfizer, todas del mismo lote, y que ese lote contenía una «variante Viagra» que garantizaba beneficios permanentes. Una broma. De las mías.

Pero alguien en las mesas de al lado escuchó. Y la noticia corrió por todo el país. Luego por todo el mundo.

La farmacéutica quiso conocerme. Para entender. Para verificar. Porque en Estados Unidos un buen ruido social puede duplicar el precio de una acción.

Me llevaron a la fábrica. En cuanto entré, 130 personas se pusieron de pie y aplaudieron. Yo estaba rojo como un tomate, y ellos estaban convencidos de que iba a revelar el «secreto».

Dije la verdad: «Era una broma». No se lo creyeron.

Gerentes, directivos y secretarias me rodearon: cada uno quería un detalle, una confirmación, un indicio de verdad técnica.

Pero fue una obrera, de 55 años, con las manos arruinadas por los químicos y la espalda encorvada por años de trabajo invisible, quien me pidió una entrevista. La llevaron a una sala conmigo. Entró deprimida. Vacía. Cansada.

Hablamos cuarenta y cinco minutos.

No de vacunas. No de lotes. No de potencias milagrosas.

Hablamos de la vida. De fracasos que se hacen pasar por normalidad. De sueños enterrados porque allí nadie tiene el lujo de tenerlos.

Le dije una sola verdad: «Soñar no cura, pero salva. Y cuesta menos que el medicamento más barato que ustedes producen».

Salió sonriendo. Sus compañeros la miraban como si hubiera encontrado el antídoto universal.

«¿Qué te dijo?», le preguntaron.

No respondió. Y yo no lo contaré nunca.

Era el secreto más sencillo del mundo: las palabras, si sabes ponerlas en el lugar justo, abren espacios donde no había aire.

Y a ella, aquel día, le bastaba con respirar.

La ladrona elegante – 30 años

No roba por instinto. Roba porque Arkansas no perdona a quien nace sin nada.

Es culta, inteligente y brillante de un modo que da miedo. Podría haber sido gerente, profesora o consultora. En cambio, se ha convertido en una sombra: se mueve entre casas, chats, identidades, promesas y oportunidades perdidas.

La conocí en internet. Una petición de ayuda llegó por Skype, un perfil limpio, un nombre que parecía un código: Last A. Llamarla guapa era un insulto. Guapa se quedaba corto. Ladrona era natural. Estúpida era normal. Un enigma con un maquillaje perfecto.

Me pidió ayuda. Se la di.

En un año había reunido 14.000 dólares, todos para sus necesidades declaradas. Nunca un encuentro. Nunca una videollamada. Nunca una llamada de teléfono. Solo cartas digitales, peticiones elaboradas con cuidado, emergencias que parecían auténticas.

Fue la estafa más dulce que he sufrido nunca.

Al final decidí ir a buscarla. Little Rock. La ciudad de Bill y Hillary Clinton.

Conocí a su madre, Rita. Una mujer amable y confundida que en realidad no conocía a su hija. Cuando me vio, no se inmutó; es más, me pidió más dinero, con la naturalidad de quien respira.

Fue en ese momento cuando vi la verdad.

No estaba sola. Estaba conectada con un grupo de Ghana. Les devolvía el 55 % de lo que ganaba. Una profesional por necesidad. Todos me preguntaban cómo había podido caer en un juego tan sucio. Cómo había podido creer. Pagar. Insistir. Aceptar.

Pero la respuesta era sencilla, y yo la tenía clara por dentro:

Quien está hecho para ayudar no piensa en el mal. Solo ve el bien que puede hacer, incluso cuando el mundo le muestra lo contrario.

Epílogo – Arkansas

Arkansas no es un estado: es una trampa lenta. Una red de pobreza, silencio, trabajo mínimo y vidas que se apagan en silencio. Las mujeres que conocí aquí no pedían salvación. Pedían simplemente un lugar donde respirar.

La cartera, reina de todos los secretos del país, solo quería recuperar su valor. La agente del FBI, caída desde lo alto, luchaba contra sí misma más que contra el crimen. La trabajadora farmacéutica, invisible entre pastillas y químicos, salvaba el mundo envenenándose poco a poco. Y la ladrona elegante… era el símbolo perfecto de este estado: inteligente, brillante, pero obligada a elegir el camino que la vida le había impuesto.

Arkansas me mostró una cosa sencilla: aquí las mujeres sobreviven como pueden. Algunas resisten. Algunas huyeron.

Algunas se deslizan en la sombra porque la luz nunca ha estado allí.

Y todas, de un modo u otro, siguen ausentes. No porque falten. Sino porque nadie las ve.

Reflexión – Arkansas

En este estado comprendí que la pobreza no es una condición económica. Es una condición emocional, cultural y mental. Es la convicción profunda de no merecer nada más. Quien nace aquí debe luchar contra un destino no escrito.

La mujer de Arkansas no tiene un futuro: se lo construye con sus propias manos. Cada día. Dentro de una sociedad que habla de oportunidades pero solo reparte supervivencia.

Aquí vi algo con claridad:

Las mujeres no caen.

Las dejan caer.

Y el verdadero pecado no es la pobreza. Es la indiferencia de quien mira y sigue de largo.

Yo no sigo de largo. Miro, escucho, escribo. Y saco estas historias de esta tierra porque, si no lo hiciera, quedarían enterradas como todo aquí: en el silencio, en el polvo y en la vergüenza.

CALIFORNIA

California no es un estado: es una ilusión de masas.

Para quien la observa de lejos, es su sol, las palmeras, el cine, la tecnología, el océano, el sueño americano. Para quien la vive desde abajo, es una fractura constante: riqueza extrema a pocos metros

de la pobreza absoluta, trabajo de alta tecnología junto a la cosecha en los campos, villas cerradas y tiendas de plástico en la acera. Es el lugar al que el mundo viene a buscar posibilidades y encuentra jerarquías ya escritas.

Para las mujeres, California es una falsa promesa: – libertad aparente – derechos proclamados – oportunidades exhibidas.

pero la regla es siempre la misma: si no puedes seguir el ritmo, desapareces.

Las ausencias aquí no son silencios: son cuerpos que el sistema deja atrás sin mirar hacia atrás.

La mujer de Silicon Valley – 39 años

La llaman la «capital de la innovación», pero Silicon Valley es un feudo cerrado donde el poder es masculino, blanco o asiático, de formación ingenieril, competitivo hasta el delirio.

Oficialmente, las mujeres aquí son bienvenidas: – programas de diversidad – códigos éticos corporativos – paneles sobre igualdad de género – fotos sonrientes en los informes anuales.

Pero dentro de las salas que cuentan, la escena es otra.

Tiene dos títulos, un máster, un inglés perfecto y altas competencias técnicas. Trabaja en productos digitales, datos y plataformas. Pasa los días en reuniones donde tres personas deciden las ideas reales: dos en la mesa, una en la pantalla.

Le exigen habilidades blandas, capacidad de mediación y empatía. Le asignan un papel de coordinación, no de mando. La quieren presente, pero no protagonista.

La maternidad, en este sistema, es una anomalía logística. Hay beneficios, permisos, apoyos, servicios para congelar óvulos,

guarderías de empresa, pero siempre con una condición no dicha: no debes frenar.

Si se queda embarazada, se la percibe como un problema potencial. Si no, se la ve como un «hombre con falda», reemplazable como todos los demás. En ambos casos es una herramienta: nunca el centro.

Reuniones por la tarde, fines de semana de «emergencia» y llamadas nocturnas con Asia o Europa no cuentan para tu vida privada. El sistema exige disponibilidad total.

Cuando se derrumba —agotamiento, ansiedad, insomnio, crisis de sentido—, la respuesta es siempre la misma: – yoga – mindfulness – terapia privada.

Nunca una reforma estructural. Nunca una verdadera redistribución del poder.

Su ausencia no es física: es simbólica. Está presente en cada proceso, pero nunca en el reconocimiento final.

La tecnología le vende al mundo relatos de empoderamiento femenino. Pero en el fondo, las mujeres siguen siendo excepciones que gestionar, no pilares que reconocer.

La migrante del Central Valley – 28 años

El Central Valley es una parte de California que los turistas no ven y que el cine no filma.

Es el corredor agrícola que alimenta a medio país: – campos de fruta – hortalizas – almendras – viñedos – industrias de procesamiento.

En este paisaje, la mujer migrante es el motor invisible de la cadena. Vienen de México, de Centroamérica, de comunidades

pobres sin alternativas reales. Muchas no tienen papeles, otras tienen documentos frágiles, y todas comparten la misma condición: su existencia depende de no causar problemas.

Trabaja en los campos, en los invernaderos y en las plantas de empaque. Turnos agotadores, espalda doblada, calor extremo, pesticidas en el aire, vigilancia sutil y constante. Habla poco, mira mucho, escucha todo.

La paga es baja, a menudo por debajo del mínimo real. Las horas extra no siempre se registran. La enfermedad no está cubierta: quien falta al trabajo es reemplazada.

La violencia está extendida, pero a menudo no queda registrada: – acoso en el trabajo – chantaje sexual – amenaza de perder el empleo – amenaza de denuncia ante las autoridades.

Denunciar significa arriesgarse a perderlo todo. Callar significa seguir llevando algo a casa para los hijos.

Su ausencia es institucional: no aparece en las estadísticas públicas, no tiene representación, no participa en las discusiones donde se decide la agricultura y no se la consulta cuando se habla de transición ecológica o de cadenas de suministro sostenibles.

Es la mujer que sostiene la comida de toda una nación sin tener derecho a un lugar en el relato oficial.

California se presenta como «verde», preocupada por el medio ambiente, la salud y el futuro. Pero en los campos de su corazón agrícola, las mujeres trabajan en condiciones que desmienten cualquier eslogan.

La mujer de la industria de la imagen – 32 años

Hollywood, estudios de televisión, plataformas digitales, agencias, publicidad, redes sociales. California ha construido una economía global basada en la imagen. En el centro de esta maquinaria está la mujer usada como superficie.

Actriz, extra, modelo, influencer, figurante. Lo primero que se valora de ella no es lo ético, lo cultural ni lo profesional: es lo estético.

Existen categorías precisas de «papeles femeninos»: – joven para anuncios – mujer «normal» para campañas familiares – cuerpo hipersexualizado para ciertos públicos – figura tranquilizadora para otros.

El casting no es solo selección: es un filtro cultural. Decide quién es mostrable, quién es vendible y quién es descartable.

Las peticiones explícitas e implícitas son siempre las mismas: – entrar en cierto peso – aceptar maquillaje, retoques, modificaciones – adaptarse a guiones estereotipados – no contradecir a quien paga.

Quien intenta negarse a ciertas escenas o situaciones es considerada «difícil». Quien denuncia abusos o chantajes es aislada, etiquetada y a menudo sustituida en silencio.

Las grandes campañas globales hablan de body positivity, respeto, empoderamiento e inclusión. Pero en los pasillos de las oficinas, en los castings y en las reuniones de producción, los criterios reales siguen siendo anticuados, banales y violentos.

Aquí la mujer es hipervisible como imagen e invisible como sujeto libre.

Su ausencia es psicológica: está desconectada de sí misma, transformada en marca, obligada a medir su valor en números: visualizaciones, me gusta, seguidores, interacción.

Detrás de cada rostro perfecto impreso en una valla publicitaria hay una persona que a menudo no tiene casi ningún control sobre su propia representación.

La mujer sin hogar – 50 años

California tiene también una de las mayores poblaciones sin hogar de Estados Unidos.

Tiendas bajo los pasos elevados, campamentos improvisados a lo largo de los canales, gente que vive en coches, en caravanas destartaladas y en aceras transformadas en pasillos residenciales. Los Ángeles, San Francisco, Oakland, San Diego: la pobreza está en todas partes, visible e ignorada.

La mujer sin hogar está doblemente expuesta: – como mujer pobre – como cuerpo femenino vulnerable.

A menudo tiene una historia de: – alquileres inasumibles – empleos perdidos – separaciones destructivas – violencia doméstica – problemas de salud sin tratar – adicciones usadas como anestesia.

La noche nunca es descanso: es defensa. Proteger unas pocas cosas, un saco de dormir, una bolsa, un documento, un recuerdo. Los servicios sociales existen, pero son: – lentos – insuficientes – burocráticos – a veces humillantes.

Las mujeres sin hogar escapan a las estadísticas precisas: son las que se mueven, las que cambian de sitio para evitar agresiones, las que no van a los albergues porque tienen miedo, las que no llevan a sus hijos a los servicios por temor a que se los quiten.

Su ausencia es moral: la sociedad la ve, pero no la reconoce como parte de sí misma. Se la describe como un problema, nunca como el resultado de decisiones políticas y económicas.

California, que habla de inclusión digital, innovación y un futuro sostenible, convive con mujeres que se lavan el pelo en fuentes públicas, que se cambian en un aparcamiento, que comen gracias a un comedor social.

Ninguna de ellas es un «caso extremo». Son la consecuencia normal de un modelo que acepta como inevitable la caída de quien no puede hacer frente al coste de la vida.

Epílogo – California

California es el escaparate del mundo y, al mismo tiempo, su trastienda.

Hacia fuera exhibe: – tecnología– cine– música– universidad– innovación

Por dentro esconde: – explotación agrícola – desigualdades inmobiliarias – precariedad extrema – adicciones – sinhogarismo estructural. Aquí las mujeres no están ausentes porque falten. Están ausentes por saturación de imágenes.

Cuando un lugar exhibe continuamente cuerpos femeninos por todas partes —pantallas, vallas, vídeos, anuncios, feeds de redes sociales—, le da al mundo la ilusión de que las mujeres están en el centro.

En realidad: – la mujer que trabaja en tecnología gobierna poco – a la migrante de los campos no se la escucha – la profesional de la imagen queda comprimida en papeles prefabricados – a la mujer sin hogar se la evita con la mirada.

California demuestra que la ausencia no es solo vacío: puede ser sobrerrepresentación sin poder real.

Es el estado donde las mujeres aparecen en todas partes, pero se las reconoce mucho menos de lo que el mundo imagina.

Reflexión – California

En Alaska, la ausencia es hielo. En Alabama, es historia. En Arizona, es frontera. En California, es maquillaje.

Aquí la ausencia de las mujeres se disfraza con: – eslóganes progresistas – campañas publicitarias correctas – congresos sobre igualdad – relatos motivacionales.

Se habla de «inclusión», pero la verdadera inclusión se mide con tres parámetros concretos: – quién decide – quién cobra más – quién puede permitirse decir que no.

En estos tres puntos, las mujeres californianas —de todas las clases sociales— se quedan atrás demasiado a menudo:

– a la directiva se la tolera mientras no exija el poder pleno – a la migrante se la deja estar mientras aguante el trabajo duro sin protestar – a la profesional de la imagen se la usa mientras corresponda al público objetivo – a la mujer sin hogar se la ignora mientras no estorbe el tráfico o el decoro

El mundo mira a California para entender el futuro. Pero si mirara de verdad a las mujeres que la mantienen a flote, descubriría una verdad sencilla:

No hay futuro en un lugar que normaliza la ausencia de

quienes lo sostienen.

Por eso California está en este volumen. No como mito, no como postal, no como enemiga. Como prueba.

Una de las capitales mundiales del imaginario, donde lo más difícil de ver sigue siendo siempre lo mismo: la vida real de las mujeres que nunca salen en pantalla.

COLORADO

Colorado es un estado que finge ser sencillo, pero no lo es. Es la América que vive entre dos extremos:

– montañas que parecen protección – ciudades que funcionan como laboratorios sociales

Es una zona limpia, ordenada, superficialmente progresista, pero con contradicciones muy claras: coste de la vida extremadamente prohibitivo, segregación invisible, trabajo técnico, urbanizaciones cerradas y aislamiento social silencioso.

Aquí las mujeres no desaparecen por una violencia evidente. Desaparecen por exceso de orden, presión cultural y expectativas sociales asfixiantes.

Colorado es un estado que pide mucho y devuelve poco. Las mujeres que viven allí mantienen un equilibrio difícil:

– trabajo técnico y mental – familias que exigen presencia total – comunidades que observan y juzgan – salud mental sin espacio – aislamiento geográfico disfrazado de «calidad de vida».

Es un estado donde no caes porque alguien te empuje. Caes porque nadie te ve resbalar.

La mujer de Denver – 35 años

Denver es moderna, funcional y limpia. Todos hablan de tecnología, startups y calidad de vida. Pero en la práctica es una ciudad que exige mucho a las mujeres y devuelve extraordinariamente poco.

Es una profesional: – títulos – competencias técnicas – empleo estable – salario medio-alto.

Todo perfecto, sobre el papel.

Vive bajo presión constante: rendimiento, objetivos, reuniones, gestión de proyectos, resultados medibles cada semana.

Las empresas hablan de conciliación entre trabajo y vida. Pero exigen disponibilidad constante.

Tiene un apartamento caro, una agenda llena y una vida organizada al milímetro. No está cayendo por la pobreza: está cayendo por el agotamiento.

Su ausencia es mental. Siempre trabajando, siempre pensando, sosteniéndolo todo, hasta que algo se rompe. Y cuando se rompe, lo hace en silencio.

La maestra de montaña – 42 años

Fuera de Denver y Boulder, Colorado cambia de cara. Montañas, comunidades pequeñas, pueblos donde poca gente se queda en invierno y los turistas acuden en verano a hacerse fotos.

Aquí la maestra es el pilar del territorio: – enseña – guía – acompaña – conoce a todos – es apoyo psicológico – es una familia ampliada para los niños.

Vive entre nieve, carreteras aisladas y escuelas pequeñas. Su carga de trabajo es enorme; su salario, limitado.

Su ausencia es institucional: sostiene a la comunidad, pero nunca participa en las decisiones políticas. Es la mujer que trabaja para mantener a flote a todo un pueblo sin que nadie se lo reconozca.

La mujer de las reservas indígenas – 30 años

La parte «invisible» de Colorado son sus reservas. Zonas donde la historia pesa más que la modernidad.

Las mujeres nativas viven tres niveles de opresión: – pobreza estructural – cultura patriarcal interna – abandono institucional externo.

A menudo trabaja en programas sociales, escuelas tribales y centros de salud mínimos. Lucha contra las adicciones, la depresión, la violencia doméstica y una distancia geográfica que aísla por completo.

Su ausencia es cultural: el Colorado moderno no la considera parte de su identidad, y su comunidad no siempre le reconoce el derecho a reinventarse. Es una mujer que sostiene a todo un pueblo mientras el mundo la ignora.

La mujer de las estaciones de esquí – 27 años

Aspen, Vail, Breckenridge, Telluride. Lujo, dinero, deportes de invierno, economía de temporada.

La mujer que trabaja aquí —camarera, bartender, operaria de remontes, recepcionista, instructora— vive un mundo doble:

– los turistas extraordinariamente ricos – los trabajadores que lo sostienen todo

Trabaja sin horario fijo, mal pagada y a menudo de forma precaria. Comparte habitaciones diminutas con otros trabajadores para poder pagar el alquiler.

Está rodeada de riqueza y, sin embargo, sigue aislada. Tiene que lidiar con turistas arrogantes, encargados de temporada y exigencias constantes.

Su ausencia es económica: genera riqueza para todos, pero sigue siendo pobre.

Epílogo – Colorado

Colorado es un estado que parece perfecto, pero no lo es. Es ordenado, rico, moderno y socialmente equilibrado, sobre el papel. Pero sus mujeres viven sobre tres líneas de falla:

– presión mental – aislamiento territorial – ausencia institucional

No hay escándalos, ni violencias masivas, ni caos. Y precisamente por eso su ausencia pesa todavía más.

Aquí las mujeres no caen porque alguien las empuje. Caen porque todos dan por hecho que pueden aguantar.

Reflexión – Colorado

La fuerza de las mujeres de Colorado no es hacer ruido. Y no es salir en las noticias.

Es una ausencia sutil, moderna, inteligente. Difícil de reconocer, fácil de ignorar.

Colorado enseña una cosa sencilla: la ausencia no es solo pobreza, violencia, frío o encierro. También puede ser orden. También puede ser bienestar. También puede ser expectativa.

Cuando una mujer se ve desbordada no por el caos, sino por el «todo funciona bien», entonces el problema no se ve, pero es real.

Y por eso Colorado también está aquí: para recordar que la ausencia femenina no tiene un solo rostro. Tiene cincuenta. Uno por cada estado.

CONNECTICUT

Connecticut es un estado que muchos imaginan, pero pocos conocen de verdad. Desde fuera es elegante: pueblos impecables, suburbios limpios, escuelas excelentes, gasolina cara, aceras ordenadas, casas con céspedes perfectos. Es la cara «alta» de América, la que nunca levanta la voz, la que organiza, gobierna y administra.

Aquí todo parece en equilibrio, pero ese equilibrio no es natural: es una presión constante, un mantenimiento continuo del decoro, de la apariencia, de las expectativas.

Connecticut no te pide brillar. Te pide no equivocarte nunca.

Es un estado donde se puede vivir bien solo si se cumplen tres cosas: – competencia social – control emocional – el juicio silencioso de las comunidades

Aquí las mujeres no desaparecen por la pobreza ni por una violencia evidente. Desaparecen por adaptación forzada. Una desaparición educada: sin gritos, sin escándalo, sin noticias.

Es una ausencia refinada, pero ausencia al fin y al cabo.

La empleada de seguros – 40 años

Connecticut es la capital de los seguros de Estados Unidos. Hartford lo proclama por todas partes: «Insurance Capital of the

World».

Detrás de esos eslóganes hay miles de mujeres sentadas frente a pantallas interminables: – reclamaciones – pólizas – algoritmos de riesgo – papeleo digital – procedimientos – métricas.

Su trabajo es preciso, técnico y gestionado al detalle. Cada error le cuesta dinero a la empresa y tiempo a ellas. Cada decisión debe justificarse, documentarse, aprobarse y validarse.

La jornada es una cadena de control.

Ella lo sostiene todo porque el sistema espera que sea impecable. Y la paga es buena: excelente, comparada con otros países.

Pero el coste emocional es altísimo.

Las mujeres aquí no se derrumban. Se vacían despacio, sin hacer ruido. Porque en estas oficinas nadie te pregunta cómo estás. Solo preguntan: «¿Cómo vas con el trabajo?».

Su ausencia es mental: presente cada día, pero desconectada de sí misma.

La mujer de los suburbios ricos – 45 años

La parte rica de Connecticut es un mundo aparte. Casas enormes, SUV silenciosos, jardines perfectos, escuelas privadas, normas sociales antiguas.

Aquí las mujeres no siempre trabajan «fuera»: trabajan dentro del sistema social.

Su papel es cultural: – madre impecable – esposa alineada – presencia en los comités – gestión de la casa – voluntariado programado – imagen perfecta.

Si se viene abajo, no puede decirlo. Si es infeliz, no puede mostrarlo. Si está sola, nadie debe saberlo.

Su ausencia es de identidad: desaparece detrás del papel que debe encarnar.

En un lugar donde «todo es perfecto», no puede permitirse que se vea ninguna grieta.

Es una prisión elegante, pero prisión al fin y al cabo.

La mujer de la universidad de élite – 34 años

New Haven alberga una de las universidades más prestigiosas del planeta: Yale.

El ambiente académico parece progresista, moderno y atento. Pero bajo la superficie hay rigidez, competencia feroz y expectativas por las nubes.

La investigadora vive una paradoja: – es culta – es competente – está preparada – es central en la producción cultural.

pero también la aplasta el sistema.

Publicaciones, congresos, becas, artículos, tutorías, docencia, relaciones internas. Un esfuerzo continuo que impregna la vida, la mente y el cuerpo.

Las colegas suelen ser rivales. Los colegas hombres siguen dominando las cátedras históricas.

Su ausencia es institucional: el conocimiento que produce sostiene a la universidad, pero su carrera avanza más despacio, con más incertidumbre, más en suspenso.

Muchas resisten. Muchas se van.

Yale sigue siendo perfecta. Ellas no.

La mujer de los barrios mixtos – 31

años

Fuera de los suburbios ricos y lejos de las universidades de élite está el Connecticut real: salarios bajos, alquileres altos, empleos precarios, comunidades mixtas y un sistema social que no siempre funciona.

Aquí las mujeres son el pilar oculto: trabajan en supermercados, escuelas públicas, residencias, servicios sociales, pequeños comercios y atención sanitaria básica. Lo sostienen todo: – trabajo mal pagado – hijos – familia extensa – transporte público lento – estrés constante.

Su ausencia es económica: trabaja mucho, gana poco y no avanza.

Y vive dentro de una paradoja llamativa: vive en uno de los estados más ricos de América sin sentirse parte de esa riqueza.

Porque aquí la riqueza es privada, no social.

Epílogo – Connecticut

Connecticut parece «seguro», «limpio», «estable». Y en algunos aspectos lo es.

Pero también es uno de los lugares donde las mujeres desaparecen con más facilidad sin hacer ruido. No por violencia, no por hambre, no por frío. Por expectativa social.

Es una ausencia de superficie lisa: sin caos, sin gritos, sin estadísticas impactantes. Solo vidas aplastadas por exigencias altas y recompensas bajas.

Nadie se da cuenta porque todo funciona. Y eso es exactamente lo que lo hace peligroso.

Reflexión – Connecticut

En muchos estados, la ausencia se nota. Aquí es discreta. Educada. «Normal». Connecticut demuestra que una mujer puede tener: una casa, un trabajo, unos ingresos, un barrio seguro, una comunidad respetable.

y al mismo tiempo ser completamente invisible como persona.

La perfección social es una hoja fina. Te pide sonreír mientras te quita el espacio.

Connecticut enseña que la ausencia también puede nacer de demasiado orden, demasiado decoro, demasiado control.

Y que ninguna sociedad es verdaderamente avanzada mientras no permita a las mujeres estar presentes sin tener que ser perfectas.

DELAWARE

Delaware es un estado escurridizo. Pequeño, tranquilo y con apuros fiscales. Parece un detalle menor, pero es una pieza vital del funcionamiento de América.

Aquí no hay metrópolis gigantescas, desiertos, montañas ni espejos deslumbrantes. Hay una economía oculta, una política discreta, una burocracia que mueve miles de millones en silencio.

Delaware es donde América registra sus empresas, guarda su dinero y salda sus cuentas. Un lugar a medio camino: ni demasiado rico, ni demasiado pobre, ni demasiado ruidoso.

Es una zona gris perfecta.

En Delaware, la ausencia femenina no estalla. Se evapora. Lenta, constante, invisible en las cifras y en el discurso público. Aquí las mujeres desaparecen por una sobrecarga silenciosa, por trabajos demasiado pequeños para tenerse en cuenta, por papeles que nunca entran en el relato nacional.

La empleada de oficina corporativa – 38 años

Delaware es la sede legal de más de un millón de empresas estadounidenses. Archiva documentos societarios, fusiones, fideicomisos, cambios de propiedad, documentos fiscales y transacciones por valor de miles de millones.

El mundo cree que este trabajo lo hacen los grandes directivos. Lo hacen mujeres sentadas en cubículos sin ventanas, que gestionan flujos interminables de documentos.

Trabaja en una oficina ordenada, llena de reglas, procedimientos y controles. Casi nunca se equivoca, porque un error puede costar millones. Es rápida, precisa e invisible.

Su jornada está hecha de: formularios, firmas, protocolos, comprobaciones, correos, listas de control.

Su trabajo sostiene todo un sistema económico. Pero nadie lo ve. Nadie lo reconoce. Nadie habla de él.

Su ausencia es estructural: mantiene a flote un imperio de papel sin aparecer nunca en los relatos del poder.

La mujer de los almacenes y la logística – 33 años

Delaware no es solo burocracia. Es también puerto, tráfico de mercancías, almacenaje y cadenas de suministro.

Aquí la mujer trabaja en: – almacenes frigoríficos– centros de clasificación– naves industriales– empresas alimentarias– coordinación nocturna. Turnos pesados, ritmo rápido, espaldas dobladas, aire helado. Movimientos repetitivos, riesgo de lesiones, supervisión constante.

Su salario es bajo. Su contrato, a menudo precario. Su vida, sin margen.

Su ausencia es económica: trabaja duro, gana poco y nunca crece.

Es la mujer que sostiene la parte oculta del comercio mientras el mundo solo mira a las grandes ciudades.

La mujer de la atención primaria – 47 años

Delaware no tiene un sistema sanitario gigantesco. Tiene una red de atención primaria mínima y extremadamente frágil.

Aquí la mujer sostiene: – residencias de ancianos– pequeñas consultas médicas– clínicas comunitarias– atención a domicilio– apoyo a ancianos solos– pacientes crónicos olvidados.

Su trabajo es emocional, físico y continuo. Ve más sufrimiento del que puede soportar. Hace horas extra sin reconocimiento. Gana menos de lo que merece.

Su ausencia es social: sustituye al Estado donde el Estado no llega, pero nadie la considera una parte esencial del sistema.

Cuando falta, todo se derrumba. Pero cuando trabaja, nadie se da cuenta.

La mujer de los barrios de bajos ingresos – 29

años

Delaware también tiene sus partes frágiles: barrios marcados por la pobreza, la violencia doméstica, la droga y el abandono. Aquí las mujeres afrontan tres problemas a la vez: empleo precario, coste de la vida en aumento y poca protección social.

Trabaja como cajera, limpiadora, temporera, niñera y ayudante de cocina. Lava, limpia, cuida y ordena las casas de otros.

Su día es una carrera: hijos, autobuses, turnos, compras, casa, problemas.

Su ausencia es urbana: vive en una ciudad que habla de renacimiento, pero deja atrás precisamente a las mujeres que la mantienen a flote en los peores momentos.

Epílogo – Delaware

Delaware no tiene el drama de California, las temperaturas gélidas de Alaska ni la dureza del Sur.

Tiene algo distinto: la normalidad como forma de invisibilidad.

Aquí el trabajo de las mujeres no hace ruido porque es: – técnico – repetitivo – esencial – silencioso – poco narrativo.

Nunca hay una explosión. Hay un desgaste constante.

Las mujeres no salen en los titulares. No protestan en masa. No exigen espacio. Simplemente aguantan.

Y eso es precisamente lo que las vuelve invisibles.

Reflexión – Delaware

Delaware demuestra que la ausencia femenina puede adoptar una forma aún más insidiosa: la gestión perfecta del silencio. Aquí las

mujeres son el motor de: – la burocracia – la coordinación – la atención sanitaria básica – los servicios mínimos. Y, sin embargo, nunca aparecen en los relatos de América. La ausencia no es ruido. Es fondo. Y Delaware es la prueba: un lugar por donde el país siempre pasa, pero donde la mujer siempre se queda quieta.

Ferdinando Frega